

blimemente, como la tarde de un sereno pero laborioso día, en la cual el hombre de bien mira complacido la jornada que acaba de hacer y se duerme con la dulce esperanza de que, tras la noche estrellada de la muerte, ha de nacer el sol de la inmortalidad.

CAPÍTULO IV.

TERCER PERÍODO. — DECADENCIA.

(Desde la muerte de Augusto, a. 16, hasta la de Boecio, a. 526.)

1. Poesía.

1. El mal gusto (que ya comienza á manifestarse claramente en las obras de Ovidio) fué cundiendo hasta corromper del todo las letras y la lengua. Tal fué, á no dudarlo, la causa primera de su decaimiento; aunque influyó no poco en él la pérdida de la libertad política, el despotismo de los césares, su odio á las letras, la corrupción de costumbres y el rápido desmoronamiento del imperio.

2. Del todo contagiado con la hinchazón literaria se presenta el conocido filósofo moralista **Lucio Aneo Séneca** (¿4 ant. de J. C. á 65 desp.), hijo de un retórico romano, Marco Aneo Séneca. Nació en Córdoba, y fué maestro de Nerón. Acusado de conspirar contra el emperador, se suicidó.

De las (7) tragedias que corren con su nombre, y que generalmente se le atribuyen, sólo la *Medea* parece ser auténtica.

3. **Marco Aneo Lucano** (39—65), natural de Córdoba, fué amigo de Nerón. Pero, como se atreviese á competir en una justa poética con el tirano, que había dado en la manía de creerse poeta, y obtuviese el premio, perdió su favor; tomó parte en una conspiración contra él, fué condenado á muerte y se mató abriéndose las venas.

En la *Farsalia* intentó cantar épicamente la célebre batalla del mismo nombre. Pero su poema nada tiene de épico. Hay alguna novedad en la parte descriptiva. Por lo demás, es un amasijo de huecas declamaciones y extravagancias.

4. Apenas merecen nombrarse los miserables y culteranos poetas épicos y serviles imitadores de los griegos: **Valerio Flaco** [¿89?], autor de las *Argonáuticas*, en que imita á Apolonio de Rodas; **Silio Itálico** [25—101], que escribió las *Púnicas* [guerras]; y **Pablo Estacio** [¿45 á 96?], que en la *Tébaida* se propuso cantar la contienda civil entre los hijos de Edipo.)

5. Con más éxito que la epopeya, fué cultivada la sátira en este tiempo; el que, por la relajación general de costumbres, ofrecía abundosa materia á los espíritus mordaces.

6. Criticó en obscuro, aunque enérgico estilo, y sin acritud, la corrupción de la época **Aulo Persio Flaco** (34—62), hombre de intachables costumbres y de elevada alcurnia, que contemplaba sin ira las miserias de su pueblo.

7. Con nerviosa pero á menudo declamatoria elocuencia, fustiga el iracundo **DÉCIMO JUNIO JUVENAL** (siglo I y II) los vicios y crímenes de aquella sombría edad. Pero lo hace con una acrimonia tal que permite poner en duda la sinceridad de su sátira.

De su vida sólo se sabe con certeza que nació en Aquino. — Quedan de él 15 sátiras; espuria es la 16ª.

8. Un gran número (1500) de epigramas, en parte ingeniosos, generalmente malos, de estragado gusto y licenciosos, escribió el poeta hispano **MARCIAL**, del tiempo de Nerón.

9. En las *Fábulas* de **Fedro**, liberto de Augusto, de las cuales las más son imitaciones de Esopo, no se halla sino cierta gracia de estilo.

2. Prosa.

(1. Ni criterio ni mérito formal tienen los historiadores *Valerio Patriculo* y *Valerio Máximo*, del siglo I.)

TÁCITO.

2. La única figura verdaderamente luminosa de un siglo de tanta corrupción literaria es Cornelio Tácito (siglo I). Estudió con detención la retórica y desempeñó las más importantes magistraturas del imperio.

3. De los escritos que se le atribuyen, le pertenecen: la *Vida de Agricola*, su suegro; con la cual creó la biografía; *De los germanos*, la más antigua descripción de la Germania y de las costumbres de sus habitantes; y las dos extensas obras: *Historias* y *Anales*. Aquéllas comprenden desde la caída de Nerón hasta Tra-

jano; éstos, desde Tiberio hasta el fin de Nerón. Gran parte de ambas historias se ha perdido.

4. Tácito, historiógrafo insigne, el primero de Roma y uno de los mayores del mundo, descuella por su, muchas veces excesiva, concisión, la profundidad y el amor á los giros poéticos, los cuales se avienen bien con la forma eminentemente dramática con que pone en escena los personajes y los sucesos. Conmueve y arrastra consigo al lector y pinta admirablemente los caracteres. Créese un lenguaje del todo artificial, ora vivo, ora majestuoso, siempre grave. Cada palabra envuelve una sentencia. Pero á fuerza de concisión, degenera su estilo en obscuridad y dureza.

Revela amor ardiente á la verdad. Con todo, sus cuadros tienen demasiadas sombras, la pasión le extravía tal cual vez en sus juicios; condena á los cristianos sin conocerlos; y por odio á la decrepita civilización romana, admira sobradamente á los germanos.

Mér. princ.: *concisión, profundidad, gravedad.*

Def. princ.: *obscuridad, artificio del estilo.*

5. Á Suetonio (siglo I—II) debemos una interesante historia anecdótica: las *Vidas de los XII* (primeros) *césares*.

En afectado estilo, pero con algún arte, compiló Floro (siglo II) á Tito Livio y otros historiadores latinos, en su *Compendio de historia romana*; y forjó Quinto Curcio (¿siglo I?) una *Historia de Alejandro Magno*.

6. Amanerada también en el estilo es la *Historia natural* de Plinio el Antiguo (23—79), uno de los romanos más sabios, que en su obra recopiló todas las ciencias naturales de su tiempo.

7. En medio de todos los defectos propios de la época, manifiesta elegancia el estilo de Plinio el Joven (siglo I), sobrino del anterior y amigo de Trajano, á quien desmesuradamente adula en el *Panegírico* que de él escribió.

8. Buen estilo lucen las *Instituciones oratorias* de Marco Fabio Quintiliano (35 hasta antes de 118), nacido en España y jurisconsulto romano. En las cuales Instituciones, apreciable tratado de retórica, junta el ejemplo con el precepto.

9. Termina aquí la edad de plata de las letras latinas y comienza la de hierro, ó sea, de completa pos-

tración. Produce Roma pocos y malos literatos; quienes, tras de barbarizar la literatura, barbarizan también desapiadadamente el idioma.

10. Un retórico africano, de Madaura, llamado Lucio Apuleyo (siglo II), ha pasado á la posteridad gracias á un episodio (*Amor y Psiquis*) de una novela satírica, intitulada *Asno de oro*, ó también *Metamorfosis*¹, y escrita con humor y fluido, aunque á menudo pedantesco estilo. Pintanse en ella al vivo las costumbres coetáneas.

Como Apuleyo hubiese casado con una viuda rica, los parientes de ésta acusáronle de haberse captado su amor por medio de sortilegios; acusación que rebatió con chiste en su *Apología de la magia*.

11. Justamente célebre se ha hecho el graciosísimo y delicado episodio *Amor y Psiquis* (el cual no es auténtico y pertenece á la literatura griega.)

Esta pequeña obra maestra, que no tiene otro defecto que el amaneramiento del estilo, reúne tan magistral inventiva á tan amable imaginación y delicadeza de sentimientos, que la estética no se cansa de admirarla ni las artes plásticas de reproducirla.

Es un cuento alegórico de la unión del alma (*Psiquis*) con el amor (el dios *Amor*) y enseña la profunda verdad de que el alma humana sólo se siente feliz mientras conserva la inocencia infantil. Perdida la cual, anda errante y llorosa por el mundo, en busca de la dicha que se fué. Por ella suspira tristemente en medio de las muchas aflicciones que la hieren. Purificada, al fin, por el sufrimiento, se eleva á un estado superior, en el cual vuelve á encontrar la llorada felicidad.

(12. El gramático Aulo Gelio [siglo II] compiló desordenadamente á muchos autores griegos y latinos, en sus eruditas *Noches áticas*.)

(No merecen citarse los poetas Nemesiano y Calpurnio de Sicilia [siglo III], menos aún los gramáticos Terenciano Mauro [siglo III] y Macrobio [siglo V], autor de una compilación, imitada de las *Noches áticas* é intitulada *Saturnales*; ni los seis autores de la *Historia Augusta*, biografías de los emperadores, desde Adriano hasta Caro: de las cuales las escritas por Vopisco son las menos defectuosas.)

¹ Pertenece á la especie de cuentos fantásticos y voluptuosos llamados *milesios* (de Mileto).

13. Muy superior en lenguaje, estilo y gusto, se muestra **Claudio** (siglo IV—V), griego culto de Alejandría, que en su edad madura aprendió el latín y escribió en él, entre muchas otras obras, un poema, el *Rapto de Proserpina*, producción monótona é hinchada.

El mismo mérito relativo y los mismos defectos que Claudio, tiene **Rutilio Nomaciano** (siglo V); de cuya lucubración poética, *De la vuelta* (su regreso á las Galias, su patria), no se conserva más que un fragmento.

(14. **Amiano Marcelino** y **Eutropio** [siglo IV] escribieron, el primero una historia de los emperadores de Roma [desde Domiciano hasta Valente]; el segundo, un compendio de los Fastos romanos. Ambos libros, nulos para la literatura, tienen importancia histórica.)

(**Capela** [siglo V] recopiló en su *Satiricón* toda la ciencia de su tiempo.)

CAPÍTULO V.

LITERATURA LATINA CRISTIANA.

1. Así como las letras griegas, que ya estaban en plena decadencia, se regeneraron por las ideas cristianas, que produjeron la literatura eclesiástica, la cual, desenvolviéndose lenta pero seguramente, engendró las letras modernas; así también aconteció con la literatura latina.

2. Muchos siglos fueron menester para que se operase la transformación; porque las obras que cambian la faz del mundo, son de suyo seculares y necesitan de fuerzas titánicas que las acometan y rematen. Tales fuerzas tiene el cristianismo, y tal obra realizó.

3. Participa la literatura eclesiástica romana de los mismos caracteres generales de la literatura latina arriba apuntados; y diferénciase de la griega eclesiástica en la mayor concisión, energía y profundidad; en el menos atrevido vuelo de la imaginación y en el amaneramiento, que aquella no conoce.

TERTULIANO.

4. El primer cristiano que, en la edad de las persecuciones sangrientas, cogió la pluma para consagrarla toda á defender la inocencia entregada al verdugo y

la verdad escarnecida, y que las defendió con toda la profundidad y riqueza de su pensamiento, el fuego de su alma y la nunca vista concisión y vigor de su palabra; fué también el más insigne apologista de la religión cristiana: **QUINTO SEPTIMIO FLORENTE TERTULIANO** (siglo II—III).

Nació en África, tal vez en Cartago: tiene toda la rudeza y barbarie del lenguaje, estilo y temperamento africanos; su imaginación, ardiente como el cielo de su patria, le arrastra muchas veces, con detrimento de la razón; su entendimiento se extravió lamentablemente en la última época de su vida, hasta el punto de apostatar y combatir á aquella misma Iglesia que con tanto ardor defendiera y que tan hermosas páginas le debe; fué juguete de la pasión y víctima de la soberbia; hay en su lenguaje y en la concisión de su estilo alguna afectación y mucha obscuridad. Todo esto es innegable. Pero lo es también que el esplendor de su fantasía deslumbra y la fuerza de su convicción arrebató.

Tertuliano entero está en el *Apologético*¹, su obra maestra, dirigido á los emperadores en defensa de los cristianos perseguidos, é impregnado de sublime elocuencia.

Mér. princ.: *vehemencia y brillo*.

Def. princ.: *paradojas y obscuridad*.

5. **SAN CECILIO CIPRIANO** (200—258), cartaginés, convirtiéndose al cristianismo por los escritos de Tertuliano; distribuyó sus bienes entre los pobres; fué sacerdote y más tarde obispo de Cartago, en donde murió mártir.

Aseméjase de alguna manera su vigor al de Tertuliano; en todo lo demás es el uno la antítesis del otro.

Suavemente, en rica, armoniosa y clara frase, se derrama la elocuencia de San Cipriano. Con todo, ví-

¹ La denominación de *Apología* es inexacta; llámase *Apologéticus* (scil. liber) el tratado.

JUNEMANN, Historia de la literatura. Ed. 2.

ciale, de cuando en cuando, el mal gusto reinante y el tono declamatorio.

Tiénese por su mejor obra el tratado *De la unidad de la Iglesia*.

6. Ningún escritor cristiano habló tan puro lenguaje ni supo dar tanta elegancia al estilo y armonía al período, como **LACTANCIO** (siglo III—IV), que ha merecido por estos títulos y su facundia el honorífico dictado de *Cicerón cristiano*.

Nació en África, enseñó retórica, abrazó posteriormente el cristianismo y fué maestro del hijo de Constantino.

En las *Instituciones divinas*, su obra capital, es á menudo débil el razonamiento.

7. Con elegancia defiende la religión cristiana el *Octavio*, un diálogo elocuente de **MINUCIO FÉLIX** (siglo II).

8. Tras de estos Padres apologéticos, ilustraron el dogma con su profundo saber y elocuente palabra los tres más grandes ingenios y escritores dogmáticos de la Iglesia latina: los Santos Ambrosio, Jerónimo y Agustín.

SAN AMBROSIO.

9. Grande es para la historia, la Iglesia y las letras Ambrosio (¿340?—397), probablemente oriundo de Tréveris.

Estriba su renombre en sus eminentes talentos, ardiente piedad, sus incesantes y gloriosas luchas en pro de la causa cristiana, la intrepidez con que, por la matanza de Tesalónica, hizo frente al señor del mundo, Teodosio el Grande; le vedó la entrada en el templo y le obligó á hacer pública penitencia. Sin embargo, vivió unido al emperador con estrechísima amistad, que sólo la muerte pudo romper. Desde que, siendo prefecto de la Liguria y catecúmeno, fué aclamado súbitamente Ambrosio como obispo de Milán, hasta el día de su muerte, alzóse imponente y majestuosa en la Iglesia y el Imperio la noble figura del inmortal batallador, tipo perfectísimo é insuperable del obispo cristiano.

10. Nada resiste á la unción y suave poder de su palabra; en él brilla purísima toda la fuerza indomable del antiguo romano, dulcificada por el cristianismo. Las doncellas de Milán, encantadas por la celestial belleza que les descubre en la virginidad, abandonan á centenares el mundo, y las madres cierran las puertas del hogar á sus hijas para que no acudan á oír los sublimes elogios de la flor de las virtudes cristianas.

El genio de Agustín se siente movido de su elocuencia y subyugado por la suavidad de sus acentos y vuelve al regazo de la fe.

11. Si rindió parias á la sutileza y al énfasis de su tiempo, no bastan tales defectos á deslustrar su gloria como teólogo, orador y poeta.

No conoce la poesía cristiana himnos tan concisos y vigorosos como los suyos, ni más inspirados que ellos: es el padre de la himnología¹ sagrada.

Dot. princ.: *unción y sentimiento*.

Def. princ.: *sutileza*.

SAN JERÓNIMO.

12. De carácter, vida, talentos y tendencias diametralmente opuestos á los de Ambrosio, es el dálmata Jerónimo (331—420). Hijo de padres cristianos y opulentos, recibió el bautismo á los veinte años²; tuvo en Roma los más afamados maestros; engolfóse allí en el torbellino mundanal; tornó luego á las letras y la virtud; emprendió grandes viajes de estudio y, entregado á incesante trabajo intelectual, pasó cuatro años en los desiertos de la Siria.

Ordenado sacerdote, frecuentó en Constantinopla el trato científico y la amistad de Gregorio Nacianceno; hasta que el Papa San Dámaso le llamó á Roma y le encargó, entre otras tareas importantes, la traducción de

¹ *Cantos eclesiásticos* (permítasenos la palabra).

² Según la costumbre de aquellos siglos.

la Biblia. Muerto Dámaso, volvió Jerónimo al Oriente y fijó su morada en Belén. Allí, en aquel sagrado, humilde y solitario lugar, construyó una estrecha celda, en que vivió cerca de cincuenta años y en la cual también terminó su vida. Manteníase en Belén con el trabajo de sus manos, mientras su debilitada vista le permitió ganar el pan, las legumbres y el aceite, que eran su único alimento. El tiempo que no daba á Dios, empleábalo en sus gigantescos trabajos de erudición, en rebatir á los herejes, mantener correspondencia con los más ilustres personajes de su siglo y resolver sus dudas.

13. Universal y profundo sabio; conocedor de toda la literatura de su tiempo, tanto sagrada como profana; teólogo eminente y lingüista eruditísimo; escritor galano, de fuerte imaginación, de enérgica y persuasiva elocuencia, de alma de fuego y altivo carácter: tal se nos presenta San Jerónimo en la arena del combate, en la soledad del desierto, en sus ardorosas polémicas, en su acabada y poética traducción¹ de la Biblia y en las íntimas y bellas expansiones de sus cartas, en las cuales su corazón, despojado de su áspera corteza, palpita con extremada suavidad y gracia.

Mér. princ.: *persuasión*.

Def. princ.: *mal gusto*.

SAN AGUSTÍN.

14. Pero sobre el suave San Ambrosio y el sabio y ardiente solitario de Belén y sobre todos los Padres de la Iglesia occidental y oriental y los escritores de su siglo, se eleva á grande altura el rico, profundo y luminoso genio del inmortal obispo de Hipona, San Agustín (353—430; — fig. 9).

Nació Aurelio Agustín en Tagaste de África. Su madre, Mónica², era cristiana; pagano su padre. El ardor de las pasiones, que le arrebató en su juventud,

¹ La llamada *Vulgata*.

² Santa.

marchitó los sentimientos cristianos que su virtuosa madre en la infancia le infundiera, y le precipitó en los errores de los maniqueos. Después de enseñar retórica en Cartago y Roma, fijó su cátedra de elocuencia en Milán. Allí le atrajo al cristianismo la ardiente palabra de San Ambrosio. Hastiada su inteligencia de los absurdos errores de Manes y no menos hastiado su gran corazón del desorden de las pasiones, recibió el bautismo; tornó á su patria; se consagró del todo á la práctica de las

más austeras virtudes cristianas y á la defensa de la verdad contra los herejes de su tiempo, y fué hecho sacerdote y más tarde obispo de Hipona: sede que ilustró con sus heroicas virtudes, infatigable celo y el esplendor de su ingenio, que, conciliándole la admiración universal, penetraba hasta los últimos confines del Imperio.

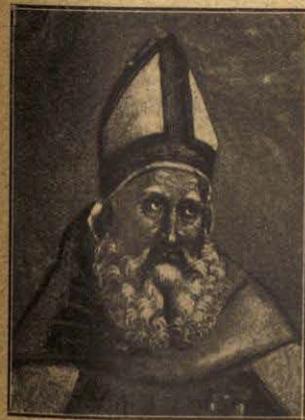


Fig. 9. San Agustín.

15. Si el genio científico de Agustín, por la flexibilidad con que abarcó todas las

ciencias y artes y por su profundidad y elevación, ha sido siempre considerado como uno de los mayores del mundo y el que más poderosamente ha influido las ciencias teológicas, filosóficas é históricas; resplandecen también, y no poco, sus talentos literarios. Le contagia la corrupción del gusto, propia de su siglo, é incurre á menudo en afectación y sutileza. Pero tal penetración tiene su ingenio, tales bríos su imaginación, tal fuerza su elocuencia que sus defectos aparecen pequeños y que la atención, fuertemente cautivada, apenas se detiene en ellos. La elocuencia nunca le abandona, ni siquiera en las más abstrusas y áridas investigaciones científicas.

Entre las innumerables obras que ostentan la profundidad de su pensamiento y el esplendor de su ingenio, han sido siempre de preferencia admiradas su magnífica *Ciudad de Dios*, explicación del gobierno temporal de la Providencia, y sus amables *Confesiones*, que tienen páginas de suma belleza y hondamente conmovedoras.

Tales son las consagradas á la memoria de su santa madre, singularmente su conversación con ella, en Ostia, acerca de las delicias de la contemplación divina. La mirada vaga sobre los jardines y el vecino mar; anhelan sus almas por remontarse sobre todo lo visible, por ver todo en silencio, callada también el alma y olvidada de todo, para sólo oír á Dios en medio del recogimiento universal y del éxtasis de la mente que le contempla. Es un cuadro plástico y sentimental de la más subida belleza.

16. Celebró á los mártires y defendió la religión cristiana el español **Prudencio** (siglo IV); en cuyas poesías, casi todas mediocres ó malas, hay rasgos de verdadera inspiración.

17. El desgraciado ministro de Teodorico, **BOECIO** (siglo VI), filósofo cristiano, dió expansión á su robusto pensamiento y sensible pecho en su *Consolación de la filosofía*.

18. Sobresalieron por su elocuencia los dos renombrados Papas y Santos **LEÓN MAGNO** (siglo V) y **GREGORIO MAGNO** (siglo VI); de los cuales aquél detuvo á Atila, y libró de su furor á Roma, y éste fué el esclarecido apóstol de los pueblos bárbaros.

19. Sólo á la influencia salvadora de la Iglesia, y con particularidad, de los Papas, debe la Europa moderna su civilización. Sin ese benéfico y poderoso influjo, el mundo, inundado repentinamente por las irresistibles olas de tantos y tan feroces pueblos, gemiría aún en la barbarie, y toda la civilización antigua pereciera para siempre.

Casi todos los que cultivaron las letras y las ciencias en los tiempos medios, fueron eclesiásticos ó, á lo menos, fervorosos cristianos. Entre ellos mencionaremos al eru-

dito **CASIODORO** (siglo VI), al sabio **SAN ISIDORO DE SEVILLA** (siglo VI), al historiador de los godos, **JORDANES** ó *Fornandes* (siglo VI) y al culto y disertado **BEDA EL VENERABLE** (siglo VIII).

20. Con el emperador Carlo Magno, acaso el soberano más glorioso que conozca la historia, principia una nueva era de civilización para la Europa, y de esplendor para las letras. Filosóficamente hablando, debiera aquí comenzar la edad moderna; porque el medio evo, si no se quiere emplear una palabra vacía de sentido, sólo debe comprender la laguna de siglos corridos desde la caída del Imperio de Occidente ó la invasión de los bárbaros, hasta la época de Carlo Magno; la cual señala, junto con la erección del nuevo imperio cristiano, la edad de la completa transformación operada en los pueblos invasores por la influencia del cristianismo.

21. Carlo Magno dió ejemplo de amor á las letras; protegió á los sabios y llamólos á su brillante corte, cuya alma era el erudito monje sajón **ALCUINO**.

Así como antes de la fundación del nuevo imperio romano habían encontrado las letras y ciencias seguro y honroso asilo en la soledad de los claustros, emporios de la cultura; así volvieron á hallarlo durante los siglos de disturbios que siguieron al memorable reinado de Carlo Magno.

Pudo sufrir la civilización nueva tal revés; pero la savia vital no dejó de animarla: el árbol estaba crecido y fructificando; desgajóle la tempestad, mas no le desarraigó. Muy por el contrario, apenas pasada la tormenta, siguió desarrollándose con doblado vigor.

22. Este es el tiempo de la filosofía *escolástica*, fundada por San Anselmo de Cantórberi (siglo XI) é ilustrada por una falanje de grandes pensadores, cuya lumbrera mayor es **SANTO TOMÁS DE AQUINO** (fig. 10)¹; falanje

¹ Su «Suma teológica» es el más grandioso monumento de la ciencia humana.



Fig. 10. Santo Tomás de Aquino.

que desenvolviendo y aguzando el entendimiento humano, no sólo le hizo apto para todas las ciencias, sino también para las letras y artes, que no tardaron en florecer.

23. Con injusto y necio desdén ha sido mirada muchas veces la escolástica. Quienes así la consideran, desconocen por entero sus eminentes méritos y no atienden sino á la excesiva sutileza en que tal cual vez incurrió. Si de los maestros escolásticos hubiera la filosofía moderna aprendido la profunda solución que ofrecen de todos los problemas trascendentales del espíritu humano, no se extraviara tan lamentablemente y no perdiera su prestigio, como del todo lo perdió. Por fortuna, la crítica, así filosófica como literaria, de nuestros días, cada vez más serena y elevada, está devolviendo su gloria á aquellos siglos, que cultivaron con noble entusiasmo todas las ciencias, aun las naturales, y que guardan tesoros tan ricos y tantos de verdad y poesía.

24. Á esta época pertenece el famoso abad de Clavaul, **SAN BERNARDO** (1091 á 1153; —fig. 11), de sentida y poderosa palabra, el hombre más influyente de su siglo.

Á ella pertenecen los dos inmortales himnos: *Stabat*

que desenvolviendo y aguzando el entendimiento humano, no sólo le hizo apto para todas las ciencias, sino también para las letras y artes, que no tardaron en florecer.

23. Con injusto y necio desdén ha sido mirada muchas veces la escolástica. Quienes así la consideran, desconocen por entero sus eminentes méritos y no atienden sino á la excesiva



Fig. 11. San Bernardo.

Máter, anónimo (siglo XIII), y *Dies iræ*, probablemente de **TOMÁS DE CELANO** (siglo XIII), uno de los primeros discípulos de San Francisco de Asís. Canta el *Stabat*, en conmovedores acentos, el inmenso dolor de María al pie de la cruz; y el *Dies iræ*, con majestad y sentimiento, las angustias del alma en el juicio divino y su amorosa confianza en la misericordia infinita. Ambos himnos— en que no hay ni latinidad ni atavío alguno de estilo, sino puramente entimiento— anuncian, en la entonación cristiana y original y el empleo de una excelente rima, la poesía moderna, que en las lenguas romanas había de producir muy luego obras impercederas.

25. Una latinidad todavía menos castiza y la misma completa ausencia de adornos se halla en la *Imitación de Cristo*, compuesta por **TOMÁS DE KEMPIS**¹ (1380 á 1471), canónigo regular de San Agustín.

La *Imitación*, el libro más popular después de la Biblia, enseña la ciencia del alma: la verdadera sabiduría, que consiste en la consecución de la paz interior y del amor divino, mediante la imitación del Hombre-Dios. Únese en sus etéreas páginas la suprema filosofía á la suprema sencillez y candor, y la más profunda convicción á un vago sentimiento que vibra en cada palabra. Por esto la inteligencia descansa con fruición en él y el corazón jamás se harta de leerlo. Diríase que brotó de los labios de la Sabiduría increada, cuando, niño, conversaba, en su vida mortal, con los hombres.

26. La *Imitación* pone gloriosamente fin á la literatura latina cristiana. Las demás producciones medievales, como las crónicas, mitad históricas, mitad fabulosas (por ejemplo, la que, sin razón, se atribuye á Turpin, ó Tulpino), carecen de toda importancia.

¹ Ya ha dicho la crítica histórica su última palabra á favor de Kempis, probando que él (no Gerson, ni Gersen ó Gessen, ni otro alguno) es el autor de la *Imitación*.

27. Por este tiempo renace el estudio exagerado de los clásicos paganos, cuya servil imitación produce la literatura latina del Renacimiento; la cual no tiene otro mérito que el de una forma clásica del todo semejante á la antigua, aunque sobrado artificiosa. El célebre huma-

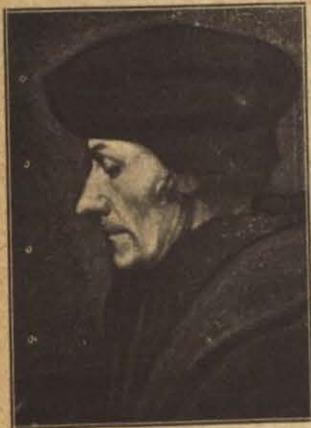


Fig. 12. Erasmo de Rotterdam.

nista **ERASMO DE ROTTERDAM** (1467—1536; — fig. 12) es quien mejor encarna las tendencias literarias de su siglo.

28. El latín, muerto ya para el vulgo, continuó siendo el medio de comunicación de los sabios y aún hasta cierto punto lo es en nuestros días. Elegantes versificadores latinos y algunos poetas de no escaso valer mantienen el gusto por las letras del Lacio y el espléndido

idioma de Cicerón. La Iglesia católica ha immortalizado el habla de Roma, adoptándola por su lengua litúrgica, y las naciones más cultas del orbe, en sus planes de estudios literarios, consideran su conocimiento y el de las obras maestras en él escritas, como uno de los medios más propios para desenvolver la inteligencia y despertar y cultivar el sentido estético; pues la experiencia cotidiana les enseña que en la palestra intelectual son armas demasiado débiles é imperfectas los idiomas no clásicos y las producciones literarias modernas.

LIBRO II.

LITERATURAS MODERNAS.